

también nuestro concepto, gastado por el uso, de la realidad que es Santiago de Chile. Ensayo erudito, fascinante, de certero enfoque. Lectura obligada de todo chileno. Latcham vuelve a escarbar en la historia del medio siglo pasado en "Las ideas del movimiento literario de 1842", promoción importante en la evolución intelectual de nuestro país. Digno de nota es el examen que Latcham efectúa de Alberto Blest Gana y la novela realista, como así también del naturalismo de Baldomero Lillo, y de la historia del criollismo. En fin, todo lo que toca el ensayista ilustre, adquiere contornos de frescor prístino, de brillantez traslúcida, refrendada por la autoridad magistral del hombre que ha leído vastamente, y cuyos escritos revelan la presencia de un alma viva, dedicada y generosa.

Para concluir, vale repetir la palabra de Mariano Latorre, quien, al referirse a Ricardo Latcham en 1952, dijo, entre otras cosas: "Toda su labor, alguna vez se estudiará en sus multiformes facetas, significa una conciencia de nuestro tiempo, conciencia que tiene ojos y oídos para ver nuestra realidad y para oír sus protestas.

"Latcham es, debemos confesarlo, el único crítico chileno que ha querido entender a Chile. Y por él, apasionado polemista, polemista por amor a la verdad y a la justicia, se han fijado valores y se han derribado falsos ídolos".

Algo de esto se trasunta en las páginas de la *Antología*; pero, acallada la voz por el arribo —siempre inesperado— de la muerte, queda flotando en el ambiente cultural de Chile y de nuestra América el testimonio de su fecunda obra, tan dignamente representada en el volumen que comentamos. Testimonio perdurable, a la memoria de uno de nuestros más valiosos escritores.

ARTURO TIENKEN.

<https://doi.org/10.29393/At413-84SAAT10084>

*The Spanish American Reception of United States Fiction 1920-1940*, de ARNOLD CHAPMAN. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1966.

Es éste un trabajo de importancia fundamental para el estudio de la literatura comparada interamericana. El profesor Chapman hace aquí un recuento y un análisis de la influencia ejercida en la América Hispana por diversos escritores de los Estados Unidos, limitando sus investigaciones, primordialmente, al período comprendido entre 1920 y 1940. El investigador ha consultado todas las bibliografías, leído innumerables ensayos en las colecciones de revistas y en los diarios más importantes, y ha examinado minuciosamente gran cantidad de traducciones en su afán por lograr una visión completa, a la vez que objetiva, del intrincado campo de su elección. Como resultado de tan acuciosa labor, nos entrega este libro apasionante, escrito con humor e incluso salpicado de cierta ironía ocasional, sin perjuicio de la seriedad de su tema. A medida que el autor se acerca a las figuras de nuestro tiempo —o de un tiempo no muy

lejano— el relato adquiere contornos dramáticos al trazar Chapman la trayectoria de sus elegidos en la vida intelectual de nuestros países. Al margen de sus méritos académicos, este libro tiene la cualidad de presentar a seres humanos, a individuos para quienes la literatura representa no sólo una vocación sino que un sistema de vida y una razón de ser de la existencia. En ellos —y esto lo destaca muy bien el profesor Chapman— la letra escrita se convierte en testimonio de vida, demostrando, en conjunto, la vigencia perenne y el valor múltiple del quehacer literario.

El profesor Chapman persigue un objetivo claro: "who, how, when, and where", preguntas para las cuales busca respuestas dentro del contexto hispanoamericano. Lógicamente estas difieren del punto de vista estadounidense, y con frecuencia dan lugar a apreciaciones que sorprenderían a los novelistas del norte. La verdad es que nuestros escritores buscan aspectos que responden a sus propias necesidades, o que se encuentran más cercanos a su experiencia, y que guardan una estrecha relación con el clima cultural imperante en nuestro hemisferio. Al respecto, Chapman cita al poeta chileno Max Jara, quien afirma que el interés en la novela norteamericana "se despertó cuando aparecieron, alrededor de 1930, las primeras obras de Dreiser, Dos Passos, Hemingway, Sinclair Lewis, mostrando una literatura de un extraordinario vigor vitalista y de una honda dramaticidad". Había, además, en todas estas obras una aguda conciencia de crítica social y de un sentido generoso en favor del mejoramiento de las condiciones espirituales y materiales del pueblo norteamericano ("La novela moderna en Norteamérica", *Atenea*, números 367-368, enero-febrero 1956). No es que nuestros novelistas no hayan tenido conciencia de semejante temática con anterioridad a la fecha indicada por Max Jara, sino que en el ejemplo de los escritores del norte encontraron nuevas rutas en la búsqueda de una expresión hispanoamericana, en su intento por capturar aquella sombra esquiva, cual es la esencialidad característica de nuestros países. Mediante la utilización de técnicas audaces o aproximaciones nuevas, los norteamericanos estaban tocando temas comunes a ambos hemisferios. También, a través del ejemplo foráneo, se trató de indagar en profundidad la denotación múltiple del realismo. En otra cita significativa, Chapman cuenta que, a diez años de la Primera Guerra Mundial, la generación de María Rosa Oliver ya se preguntaba: ¿Quiénes somos? Parte de la respuesta podría encontrarse en la vigorosa novelística norteamericana. Dice ella:

"Encontramos en sus novelas lo que en nuestra tierra estamos viviendo: la brega de un pueblo por convertirse en ese grupo homogéneo y articulado que se llama una nación, y en esta brega, a su vez, la lucha cada día más difícil por la existencia, la crisis económica, la desocupación, el consecuente desaliento de la juventud, el desmigajamiento del capitalismo, la amenaza fascista, el racismo, las migraciones de los agricultores, la decadencia de los grupos terratenientes, la inmoralidad administrativa, el enquistamiento en los prejuicios, la compla-

cencia en la falsa eficacia, la carencia de una tradición cultural y de un verdadero entendimiento entre el hombre y la mujer, la soledad de cada uno, la soledad de un mundo de grandes masas humanas, la soledad terrible del hombre de América". (Comentario de *Por quién doblan las campanas*, Sur, número 76, enero 1941).

Todo esto enfocado desde una perspectiva hispanoamericana y de acuerdo con nuestra realidad histórica, la cual, junto con sentir los efectos de los grandes acontecimientos mundiales de entreguerras, contenía factores de suyo propios; así, el año 1920, aparte de su significado en el concierto internacional al marcar la vuelta a la normalidad entre los países de occidente, es también "una fecha regional" al señalar el comienzo de la influencia de la revolución mexicana. En igual forma, la Gran Crisis norteamericana de 1929 coincide, en líneas generales, con la destitución de varios regímenes democráticos en los países de habla hispana; y la caída del gobierno republicano español, en 1939, guarda una importancia especialísima para nuestro hemisferio, toda vez que cierra para siempre un capítulo de su historia.

El período 1920-1940 se subdivide en dos mitades, cada cual con sus rasgos distintivos. La primera de estas décadas se caracteriza por su "juventud, exuberancia y optimismo", y su "retorno a la tierra" después de "las ricas policromías de Prosas Profanas y otras orquestas". Ello explica que nuestros literatos buscasen, en los personajes de Bret Hart, cualidades de hombría, se sintieran atraídos por el humor de Mark Twain y la virilidad recia de Jack London y James Oliver Curwood. Posteriormente se agregarían los nombres de Sherwood Anderson —considerado como "un nuevo Whitman" por algunos de nuestros escritores— y de Waldo Frank. La segunda de las dos décadas marca un cambio contrastante con la anterior, evidenciándose la presencia de un creciente espíritu de duda y pesimismo. Chapman hace dos comparaciones acertadas: mientras la primera década corresponde al Renacimiento, la segunda es el Barroco; o bien los diez primeros años guardan analogía con el verano y la primavera, y la década 1930-1940 viene a ser el otoño y el invierno. Hay una relación evidente entre esta nueva actitud y el derrumbe de la economía norteamericana, la que fue abordada por sus escritores con una franqueza y pasión analíticas que contó con la aprobación de los escritores hispanoamericanos. Es a aquella época que se refieren las palabras de Max Jara y de María Rosa Oliver. "Viene ahora el descubrimiento de que Sinclair Lewis, John Dos Passos y Theodore Dreiser representan no sólo las voces de la conciencia americana sino que también son los maestros de un recurso poderoso buscado por los aspirantes a novelistas de la América Hispana: un nuevo tipo de realismo". En el ejemplo de los escritores de los Estados Unidos —aunque no solamente en ellos, pues además estaban los maestros europeos, Kafka, Proust, Joyce y Dostoiewski— los nuestros encontraron derroteros que respondían a su propia angustia ante el sentimiento creciente de confusión y soledad, de un mundo fragmentario, caótico, sombrío. Es la soledad sin esperanza, para la cual la década de 1920 no nos había preparado, y que se refleja en el interés que despiertan

las obras de William Faulkner, con el sentido de "culpabilidad del colono que ha ensuciado su tierra prometida; la pudrición de una aristocracia antigua, caballeresca, y la crueldad del hombre blanco hacia su hermano de tez morena". Hacia fines de 1937, también inicia su incursión en el ámbito latinoamericano Erskine Caldwell.

Sin embargo, el profesor Chapman no se hace ilusiones respecto de la magnitud del impacto provocado. Señala que fueron escasos los escritores que pudieron superar la desconfianza instintiva —"the nearly opaque veil of distrust"—, característica de las relaciones interamericanas. Hace un resumen de las diversas actitudes que adoptaron los intelectuales hispanoamericanos ante la presencia tremenda del Coloso: la oposición cerrada, sin claudicaciones, de los grupos nacionalistas; el panhispanismo; el arielismo, y, por último, la posición de otro grupo que aceptaba a los Estados Unidos a través de su expresión literaria, portadora de los mejores atributos del "buen yanqui", y que ofrecía una posibilidad de acercamiento, al menos con una minoría selecta fundamentada en la confraternidad intelectual. Fue en gran parte debido a su esfuerzo que la literatura del Norte logró cierto arraigo en Hispanoamérica, aunque no debe olvidarse el auspicio de algunos críticos extranjeros, entre los cuales destaca el francés Maurice Edgar Coindreau, quien colaboró en *La Nación* y en la revista *Sur*, de Buenos Aires. También, desde Madrid, Benjamín Jarnés y Antonio Marichalar fomentaron el conocimiento de la literatura norteamericana a través de la *Revista de Occidente*. No se olvida Chapman de mencionar, al respecto, a Pedro Henríquez Ureña, Baldomero Sanín Cano, Jorge Mañach y, muy especialmente, al chileno Ernesto Montenegro. Menciona también las contribuciones de Jorge Luis Borges, Carlos E. Zavaleta y Arturo Torres-Rioseco. A partir de 1940, ya las compuertas se abren para permitir el paso de un río caudaloso.

Una vez expuestas las bases generales de su estudio —aquí apuntadas en forma necesariamente somera— el profesor Chapman examina la trayectoria del primero de sus elegidos, Bret Harte, quien, pese a pertenecer al siglo diecinueve, desempeñó un papel preponderante en las letras hispanoamericanas con posterioridad a 1920, cual es también el caso de Mark Twain y de Louisa M. Alcott. Sin embargo, ya en 1875, apenas tres años después de la primera traducción francesa, la *Revista Chilena* publicaba una versión española de "Miss: escenas de la vida de California". Bret Harte gozó de gran estimación; y el propio Domingo F. Sarmiento reconoce su talento, haciendo hincapié en su uso del idioma vernáculo: "Bret Harte, desde California, ha maravillado a Europa con aquellos ronquidos de oso gris, o maldiciones de tahures que juegan millones en pepitas de oro" (*Obras Completas*, XLVI, 1953, pág. 166). Fue en Chile, empero, que Harte dejó su huella más profunda, primero con Baldomero Lillo, que obtuvo, en Concepción, un ejemplar de los *Bocetos Californianos* entre 1883 y 1898. Para él tanto como para Federico Gana y Rafael Maluenda, Harte incorpora algunas de las características de la generación de 1900. Chapman desmenuza el

largo ensayo que en torno a Bret Harte escribe Mariano Latorre en *Atenea* (números 123 y 124, año 1935), se refiere a un breve ensayo de Horacio Quiroga aparecido en *La Vida Literaria* (septiembre, 1929), y a los comentarios de Augusto d'Halmar y de Jorge Luis Borges. El resto del capítulo analiza las trayectorias de Mark Twain, James Oliver Curwood y Jack London. El capítulo tercero revive los tiempos memorables de los viajes de Waldo Frank a Sudamérica, el magnetismo de su personalidad y de su palabra, y el influjo de su obra en Eduardo Mallea. Se refiere a los vínculos de Frank con José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez, quien desde su exilio en Santiago de Chile, publica algunas obras del norteamericano, destacando por su excelencia la traducción que hace Ernesto Montenegro de *Holiday* (1935). Anota Chapman que Waldo Frank impresionó como novelista en el Perú y Chile, como cuentista en la República Argentina, y como filósofo y ensayista en México y Cuba. Menciona artículos de Luis Araquistain, de Alberto Gerchunoff, y de Luis Saslavski. De Buenos Aires, viaja Frank a Santiago, donde Ricardo A. Latcham le dedica su atención, comparándolo con Dos Passos y encontrando en su obra analogías con las técnicas cinematográficas. Viene un comentario al análisis que hace el crítico argentino Julio Fingerit de la posición realista de Frank y, por último, un relato detallado de la influencia del escritor sobre Mallea. Termina esta sección con un examen prolijo de la producción literaria de Sherwood Anderson, cuyo aporte a la historia del realismo en Hispanoamérica fue fecundo. Es muy hermoso el tratamiento que hace Chapman de estas dos figuras y su alcance en nuestro medio, aparte de la agudeza de sus observaciones.

En el capítulo cuarto, que lleva por título *La generación de 1930*, comienza el autor con un recuento de la obra de John Dos Passos, tal como la vieran numerosos críticos de nuestra América. Para Chapman, Dos Passos debe su éxito a tres razones: "por su versatilidad, la que lo coloca en el ámbito con dos armas, el ensayo y la novela. Segundo, muchos hispanoamericanos han sido estimulados, en alguna forma u otra, por el radicalismo que demostró en las décadas del veinte y del treinta, tanto en lo que respecta a su política de centroizquierda como a su posición de vanguardia en lo literario. Por último, su temprano entusiasmo por la cultura hispánica dio margen a una estimación recíproca". Muchos son los nombres que en torno a tan señera figura se barajan, como lo son también los trabajos que menciona Chapman. Ningún esbozo haría justicia al contenido medular de esta sección, pletórica de recuerdos para los lectores y una generación de críticos que saludaron, admirados, la aparición de *Manhattan Transfer* con su técnica sorprendente y su realismo de nuevo cuño. Termina esta sección con un recuento de los altibajos de las reputaciones de Theodore Dreiser y de Sinclair Lewis, a través de las plumas de Mañach, Fingerit, Maeztu, Víctor Max Wullich, Latcham, Alberto Nin Frías, Sanín Cano, y otros críticos.

En el quinto y último capítulo, Chapman examina en detalle las his-

torias de Faulkner y Erskine Caldwell en lengua española. Da como fecha del inicio faulkneriano el año 1933, con un artículo de Lino Novás Calvo en la *Revista de Occidente*. De acuerdo con su costumbre, Chapman da comienzo a su investigación en el continente europeo, pues desde allá provienen las primeras noticias, o ensayos, o traducciones, de los autores norteamericanos. Ya los franceses conocían la obra de Faulkner, de cuya difusión se habían encargado Maurice Edgar Coindreau, André Levinson y Gorham Munson, además del prólogo que escribiera Malraux para la traducción francesa de *Sanctuary*. A Novás Calvo también pertenece la traducción española de esta misma novela, la cual —afirma Chapman— no tuvo una acogida favorable ni en España ni en Latinoamérica, como lo ejemplifica la crítica de Julio Fingerit en *La Nación* (24 de junio, 1934). El interés de Faulkner decae entre los críticos hispanoamericanos durante el lustro siguiente. Coindreau mantiene encendida la antorcha con varios artículos publicados en *La Nación* y *Sur* entre 1935 y 1938, hasta que los argentinos toman la iniciativa con traducciones diversas y ensayos. María Rosa Oliver y Carmen Gándara escriben en forma encomiástica, y a mediados de 1939 aparece *The Wild Palms* en traducción de Jorge Luis Borges.

En 1942 Max Dickmann escribe un artículo, "William Faulkner, escritor diabólico" (*Revista de las Indias*, marzo, 1942), el estudio más completo hecho hasta entonces en idioma español sobre el novelista. Además, traduce *As I Lay Dying*, libro que es bien recibido por la crítica. Aquel año, dice Chapman, señala la aceptación definitiva en el marco hispanoamericano de Faulkner como gran escritor. Continúan las traducciones y los correspondientes ensayos o comentarios. Entre 1950 y 1952 aparecen tres "faulkneristas" cuyos trabajos merecen especial atención por su agudeza: Mario Benedetti, José Antonio Portuondo y Carlos E. Zavaleta. Largo sería detallar el contenido de estas páginas brillantes, tan amenamente sintetizadas ya por Chapman, quien continúa su examen de la trayectoria faulkneriana hasta nuestros días, indicando, de paso, posibles pistas de investigación.

No podemos acallar nuestro reparo, sin embargo, a la siguiente cita, cuyo contenido nos parece injusto y arbitrario:

"Faulkner's latest conquest, posthumously, is Chile. To judge by the unsophisticated tone and rehearsal of the obvious that characterize articles in *Atenea*, the senior literary review of the country, Faulkner caught some critics by surprise. But presenting Faulkner at this late date, in earnest repertorial coverage, smacks of the sophomoric or at least of the anachronistic. From here, Chile has a long way to go in order to reach the knowledgeability of other countries in Spanish America..." (pág. 149).

No puede suponerse que los lectores de nuestro país no hayan tenido conocimiento de las obras de Faulkner sino hasta después de su muerte. Como profesor universitario doy fe que Faulkner siempre ocupó, y sigue ocupando, un lugar preponderante en las listas de lectura de nuestros es-

tudiantes; y el gran escritor, es centro constante de investigación especializada. Fuera de las aulas universitarias, su figura es sobradamente conocida. Tampoco es lógico pensar que tanto nuestros propios escritores como nuestros críticos hayan podido desconocer, durante varios decenios, el contenido de estas novelas importantísimas. Puede, incluso, reconocerse la influencia de Faulkner en más de algún escritor nacional. El profesor Chapman alude al ensayo que Luis Domínguez publicara en *Atenea*. Con toda la consideración que nos merece el catedrático norteamericano, nos parece que el citado ensayo no es la obra de un principiante. Es un estudio ponderado, que denota seriedad y conocimiento pleno del campo faulkneriano. Domínguez demuestra haber leído al novelista con una dedicación y entendimiento dignos de encomio (*Atenea*, N° 396, abril-junio, 1962). Y, dada su calidad de artículo póstumo, de homenaje, no nos parece fuera de lugar el enfoque retrospectivo, biográfico del trabajo, el cual, en todo caso, intenta una conjugación del hombre Faulkner con el desarrollo del artista. El ensayo tendrá altibajos, pero no es 'sofomórico'.

Tampoco podemos aceptar las alusiones a *Atenea*, revista que, en su larguísima trayectoria, ha sido depositaria de centenares de trabajos, algunos de ellos de poca, otros de mediana calidad, pero muchos de una excelencia ejemplar. Es inexacto sostener que sus artículos se caracterizan por su simplismo, por su 'unsophisticated tone and rehearsal of the obvious'. Finalmente, no se debe olvidar que *Atenea*, si bien es una revista universitaria, su proyección rebasa ese ámbito para llegar al gran público. De ahí que alternen ensayos en profundidad, para especialistas, con esa profusión bibliográfica tan característica de los norteamericanos, con los de mera divulgación.

Continúa el capítulo con un examen de la obra de Erskine Caldwell y su impacto en nuestro hemisferio, a más de los giros críticos que ella motivara. En un comienzo los círculos literarios de minoría lo consideran como un exponente de "problemas universales, urbanos, de la clase media", para convertirse luego en un escritor "regionalista, de la tierra, estrepitoso, crudo". La versión cinematográfica de *Tobacco Road* cimenta su fama (1941), y la traducción agota cinco ediciones en el curso del próximo decenio. A ella se suceden otras, en su mayoría publicadas en Buenos Aires, y —pese a cierta reticencia por parte de la crítica— aparecen trabajos que valorizan la producción literaria del novelista. Nuevamente es Maurice Edgar Coindreau el paladín de Caldwell, siendo de especial valor sus dos ensayos aparecidos en *Sur*, el segundo de los cuales (enero y febrero de 1941) merece la atención de la propia crítica de habla inglesa por su hondura y su agudeza, pues en él Coindreau destaca ciertos elementos fundamentales para llegar a comprender cabalmente al novelista: "su humor y consiguiente dominio de la tragicomedia, su habilidad en el manejo del horror, y su deshumanización deliberada de los personajes". Chapman analiza en detalle el primero de estos elementos, arguyendo que gran parte de él se pierde en la traducción, y que, además, el humor no es "una facultad so-

bresaliente del espíritu hispanoamericano", preocupado en general por problemas de índole más trágica, tales como "the seriousness of survival", y "the griefs of political and social injustice". Tampoco ha sabido apreciar Hispanoamérica la presencia del espíritu picaresco en este autor, rasgo eminentemente español que se hace presente en la etapa intermedia de su creación literaria. Como resultado, Caldwell aparece fragmentario, cruel, portador de un realismo brutal. De acuerdo con su método, Chapman pasa revista a los principales ensayos que en torno a Caldwell se han escrito en español. Su propio conocimiento exacto de la literatura norteamericana, y la objetividad de su enfoque, conceden a su examen detallado de estos trabajos una autoridad indiscutible, tónica que caracteriza a la totalidad del contenido de este volumen. La bibliografía es un modelo en su género, y de un valor enorme para todo investigador en el difícil campo de la literatura comparada.

Concluye el libro con un breve historial de las fortunas de Louisa May Alcott y Pearl S. Buck, lo que no nos satisface, pues pudo el profesor Chapman haber dedicado, en su lugar, el mismo espacio a un examen del impacto de Ernest Hemingway en la América Hispana, pues este autor sí que tiene alguna importancia en profundidad. Y si las frías estadísticas lo desmienten, nos parece que el distinguido catedrático podría haber hecho una excepción en este caso, apoyándose en sus intuiciones y enciclopédicos conocimientos. Esta pequeña observación, sin embargo —motivada justamente por la excelencia de este libro— no puede opacar el brillo de la obra, destinada a influir positivamente en las exploraciones futuras de tan apasionante segmento de la cultura americana. El libro encenderá más de alguna polémica, y es ésta una señal de vitalidad. Esperamos su pronta traducción.

ARTURO TIENKEN.

*Los años turbios*, de DACIA MARAINI. Traducción de Jesús López P. Biblioteca Formentor. Seix-Barral, 1963.

"Vino a abrirme el padre de Cesare. Llevaba un batín gris forrado de franela roja. Me hizo un leve saludo con su cabezón entrecano y me sonrió alegremente, como siempre, haciéndose a un lado con aire malicioso.

—¿Quiéres ver a Cesare?

—Sí." (pág. 5).

Así, con un tempo rápido, con velocidad inmediata, penetramos en esta novela de la joven escritora italiana Dacia Maraini. *L'eta del Malessere* es el título original, cuyos problemas de traducción fueron hábilmente escamoteados con el tan bien elegido nombre de *Los años turbios*.

Volvamos a la transcripción inicial. Los detalles no pueden estar mejor economizados: justos, casi escasos. Pero su índole, además, es bien